

Germán Carrasco

LA INSIDIA DEL SOL SOBRE LAS COSAS

Dolmen, 1997

Sería interesante suponer que este conjunto de poemas no es más que un libro de amor, de punta a cabo. Idea que, en todo caso, solo puede nacer de un ejercicio de la voluntad, porque este libro de Germán Carrasco *es*, efectivamente, un libro de amor (¿qué entendemos, en realidad, por un libro de amor?), aunque sea también muchas otras cosas. Como por ejemplo, la posibilidad de pasear por un paisaje urbano que puede parecerse mucho a otros que conozcamos de propia cuenta, pero que no obstante obtiene su único respaldo de las palabras que lo enuncian y con las cuales muere al morir éstas. El espacio ideal para estas palabras es un paisaje ahora humano y urbano propiciado por este libro, pero que, sin embargo, parece previo a él, para formar esa “mezcla adúltera” –Eliot *dixit*– que viene a ser el escenario perfecto para la insidia. Y digo escenario porque de eso se trata un poco el asunto. Plagado de personajes como el inefable Julián, a ratos demasiado cercano a ser el vocero de Carrasco, la impredecible Rita y un tal Héctor Figueroa que se lo pasa fumando mientras mira las estrellas, el libro va construyéndose como un sutil *increscendo* de la melancolía y la desesperanza, según un ritmo tácito, pero no por eso menos riguroso. Lo que reviste mayor interés en este caso es el renovado prosaísmo de frases largas con que Carrasco enfrenta el poema (ver “Reencuentro”, “La mañana del suicida”, “Perros”). Sin ser una experiencia inédita en nuestra literatura –las cercanías con Lihn y Waldo Rojas se dejan ver con cierta facilidad–, la lozanía de estos poemas y la buena salud de la que goza su

hablante radica en gran parte en ese tono “aparentemente” descuidado con que se enuncian los poemas y que reviste, no obstante, el más laborioso de los cuidados en la artesanía de cada verso.

Pero dejemos el taller literario y volvamos a lo del libro de amor. Y cómo no volver a este tema si en todos los poemas de Carrasco hay un juego permanente entre el yo desvencijado, escindido y enamorado que se dibuja entre estas páginas y los residuos de una experiencia mundana que *podría* homologarse –remárquese, por favor, la conjunción condicional– con el mundo personal del autor, del Carrasco de carne y hueso, bizco y enjuto que conocemos. Como si esta fuera la construcción de un ego oblicuo, obliterado en su expresión desenfadada por el pudor de la máscara y su invención, el testimonio de un mundo de un modo u otro reconocible para el lector, para cualquier lector, es uno de los grandes méritos de este libro. Es el caso de “Pareja en un saco de dormir, a la intemperie”, donde el relato anecdótico en que simula convertirse el poema, no renuncia, aun así, a confesarse igualmente como un artilugio literario, para esta ocasión las referencias hechas casi de contrabando al mundo de Rulfo: Comala, Luvina, equivalentes en un verso al desierto atacameño, dejando además en condición de fantasmas a los personajes arrojados exclusivamente por sus caricias y su precario saco de dormir. Todo esto refrendado, para darle otra vuelta a la tuerca, por la infaltable y siempre oportuna cita de algún referente cultural, que en el ejemplo que nos ocupa son dos versos de Blaise Cendrars: “*Y al final del viaje/ Es terrible ser un hombre con una mujer*”. Porque el hablante de estos poemas se pasea surfeando por la superficie del lenguaje, que es al mismo tiempo la superficie del universo que se crea y recrea en *La insidia del sol sobre las cosas*. Es decir: una relación ambigua y nunca del todo delimitada entre verdad y ficción, entre literatura y realidad. Partiendo de un extrañamiento de la subjetividad, al mejor estilo de la poesía inglesa de los siglos XIX y XX –por sobre todo, la sarcástica, irónica y desesperanzada poesía inglesa de este siglo, con Auden y Larkin como emblemas–, rasgo que en cierta medida comparte con algunos de sus pares generacionales como David Preiss, Andrés Anwandter y, en especial, Armando Roa, Carrasco se despacha aquí un conjunto de poemas que tienen la extraña virtud de ser tanto ejercicios descarados de retórica como asimismo piezas de un lirismo melancólico e intranquilo que no le hace asco ni al poema de amor desesperado (o desesperanzado): “La separación de los siameses” ni a la descripción solipsista del imaginario noctámbulo y desolado de una ciudad en silencio y a la intemperie: “Complementos”, “El mercado”, “Patinadores”.

Pliegue tras pliegue de un barroquismo en ocasiones virtuoso, que se escucha al ritmo sincopado del piano de Art Tatum o las improvisaciones de Charlie Parker, en el cual son equivalentes tanto el horizonte como el punto de fuga, descentrando cualquier posibilidad de leer estos poemas como un volumen de sentido unívoco, la suerte de este libro dependerá no solo de la recepción que él mismo tenga, sino de la lectura que se haga de los otros libros que acompañan a *La insidia...* (los publicados por Alejandra del Río, Leonidas Rubio, Christian Formoso) y del lugar que ellos ocupen en el panorama incierto de la poesía chilena, esto es, de si se concreta la promesa de un cambio expresivo en relación con los discursos precedentes, o si por el contrario esta poesía paradójicamente de principio y fin de siglo no pasa de ser una interesante

recreación de ciertas retóricas ya leídas previamente en la poesía chilena: el agotamiento de las versiones más obvias del larismo, la práctica de una poesía etnocultural que nadie sabe por qué parece irremisiblemente restringida al sur, la metaironía posmoderna que tantos frutos ha dado. Después de haber leído buena parte de lo publicado por los poetas de las últimas hornadas, quien redacta estas líneas se aventura a inclinarse por la primera de las anteriores alternativas, ya que si bien es cierto que estos poetas recientes adquieren su sentido dentro del teatro de operaciones de toda la tradición que los precede –y en consecuencia, son deudores de ella–, no menos cierto es que su relación con los mayores no se limita a una reiteración de éstos, lo que ocurre, más bien, es una modificación (de espíritu y de forma) cuyo rostro definitivo, a pesar de todos los maquillajes, encuentros y antologías del minuto, aún está por verse.

CRISTIÁN GÓMEZ O.
Universidad de Chile